

## DE LAZARILLO A ESTEBANILLO: NOVEDADES PICARESCAS DEL *ESTEBANILLO GONZÁLEZ*

M.<sup>a</sup> SOLEDAD ARREDONDO.  
Universidad Complutense.

*La vida y hechos de Estebanillo González* es una obra que ha provocado juicios muy dispares<sup>1</sup> y análisis centrados en problemas de atribución, verificación de la realidad histórica que pintan sus páginas, y adscripción genérica. Buena parte de dichos problemas se ha resuelto o está en vías de solución gracias a los trabajos de los últimos editores de la obra<sup>2</sup>, que proponen la autoría de Gabriel de la Vega y documentan pormenorizadamente el itinerario de Estebanillo por la Europa de la Guerra de los Treinta Años. Sin embargo, permanece la discrepancia crítica en cuanto al carácter picaresco del *Estebanillo*, no sólo por las concomitancias de la obra con la literatura bufonesca<sup>3</sup> y las vidas de soldados, sino por las distintas formas —res-

<sup>1</sup> Desde el peyorativo al encomiástico; entre los primeros, v., por ejemplo, Alexander A. Parker, *Los pícaros en la literatura. La novela picaresca en España y Europa* (1599-1753), Madrid, Gredos, 1971, pág. 126. De los segundos el más destacado es de Juan Goytisolo, "Estebanillo González, hombre de buen humor", en *El furgón de cola*, Barcelona, Seix Barral, 1967, págs. 97-120.

<sup>2</sup> A. Carreira y J. A. Cid., eds., *La vida y hechos...*, Madrid, Cátedra, 1990, 2 vols. Nuestras citas corresponden a esta edición, con el volumen en romanos y a continuación la página. Remito también a su bibliografía para los problemas que no atañen al género del *Estebanillo*.

<sup>3</sup> A este tipo de literatura se ha referido F. Márquez Villanueva en varios trabajos, de los que afectan a este artículo "Un aspect de la littérature du «fou» en Espagne", en A. Redondo, ed., *L'Humanisme dans les lettres espagnoles*, Paris, Urin, 1979, págs. 235-250, y "Literatura bufonesca o del «loco»", *NRFH*, XXXIV, 2, 1985-86, págs. 501-527. En el último señalaba, acertadamente, que esta literatura traspasaba su valor estético a distintos géneros, desde la poesía del siglo xv, a las epístolas, la obra cervantina, etc. Posteriormente, V. Roncero ha dado un paso más en esta línea, proponiendo una nueva etiqueta literaria, la novela bufonesca. V. sus artículos "Degradación caricaturesca en el *Estebanillo González*: dos ejemplos", *Annali Istituto Universitario Orientale. Sezione Romana*, XXXI, 1, 1989, págs. 233-244, y "*La vida y hechos de Estebanillo González*: novela bufonesca", en B. Dutton y V. Roncero, eds., *Busquemos otros montes y otros*

trictivas o laxas— de entender la picaresca<sup>4</sup>, y por las novedades que aporta a este género narrativo Estebanillo González, el pícaro con suerte (II, página 115). Estas páginas abogan por la adscripción picaresca<sup>5</sup> del *Estebanillo*, comparándolo con obras de su grupo genérico, que contenían, en germen, algunas de sus innovaciones.

Desde 1554, aparición del *Lazarillo*, a 1646, en que se publica el *Estebanillo*, los libros de pícaros experimentan modificaciones, a la par que se va creando la poética del género. Los cambios son de distinta entidad, empezando por la fundamental mezcla de consejas y consejos del moralizante *Guzmán*, y continuando por el cambio de sexo en *La Pícaro Justina*, la sátira hiperbólica y aristocratizante del *Buscón*, los orígenes campesinos y, por ende, honrados, del *Guitón Onofre*, el ejemplarizante final como ermitaño de *Alonso, mozo de muchos amos*, o la renuncia de Castillo Solórzano a narrar en primera persona una “picaresca familiar”, la del *Bachiller Trapaza* y *La guarduña de Sevilla*. Cada una de las modificaciones supone, sin embargo, y al margen de sus logros artísticos, una conciencia genérica con respecto al esquema inicial del *Lazarillo* y el *Guzmán*, al que dan respuestas diferentes en cuanto al carácter del protagonista, las aventuras en función de los amos y oficios, la técnica narrativa, y el desenlace más o menos cruel, según predomine en el autor el propósito de construir una obra de burlas, de veras, o de ambas. Esas distintas respuestas de los autores de obras picarescas han merecido, lógicamente, valoraciones críticas, y también han dado lugar a etiquetas, como picaresca decadente o menor<sup>6</sup>, según el grado de aca-

---

rios, *Estudios de literatura española del Siglo de Oro dedicados a Elías L. Rivers*, Madrid, Castalia, 1992, págs. 207-220.

<sup>4</sup> Entre la ingente bibliografía, v., por ejemplo, M. Molho, que en su *Introducción al pensamiento picaresco*, Salamanca, Anaya, 1972, sólo reconoce como obras picarescas el *Lazarillo*, el *Guzmán*, el *Buscón* y, fuera de España, *Moll Flanders*. Y F. Rico, *La novela picaresca y el punto de vista*, Barcelona, Seix Barral, 1982, pág. 144, que señala “la vía muerta en que entró la picaresca inmediata al *Guzmán*”. Ambos autores han matizado sus posturas, respectivamente, en “¿Qué es picaresco?”, *Edad de Oro*, II, 1983, págs. 127-136, y “Puntos de vista. Posdata a unos ensayos sobre la novela picaresca”, *Edad de Oro*, III, 1984, págs. 227-240. Para una concepción más amplia de la serie picaresca, v., por ejemplo, A. Francis, *Picaresca, decadencia e historia*, Madrid, Gredos, 1978.

<sup>5</sup> A propósito de esta cuestión J. Talens considera que la obra “si bien separada del género picaresco, marca, sin embargo, su imposible continuación”, *Novela picaresca y práctica de la transgresión*, Madrid, Júcar, 1975, pág. 172. F. Rico, por su parte, afirma que el *Estebanillo* es el mejor de los “pícaros tardíos” por su sentido de la autobiografía y el punto de vista único, *La novela picaresca ...*, ob. cit., pág. 135. A favor de la adscripción picaresca ya se manifestó N. Spadaccini, analizando tres aspectos de la obra en “Las «vidas» picarescas en *Estebanillo González*”, *La Picaresca. Orígenes, textos y estructuras*, Madrid, F. U. E., 1979, págs. 750-763. Y también Louis Urrutia, “Lecturas y explicaciones de *Estebanillo González*”, en *Mélanges offerts à Maurice Molho*, Paris, Eds Hispaniques, 1988, págs. 587-601.

<sup>6</sup> V. *Insula*, 503, 1988, dedicado monográficamente a la picaresca menor.

tamiento a la poética genérica. Pero, últimamente, parece ponerse en tela de juicio la existencia del molde genérico que acoge a los sucesores del *Lazarillo* y el *Guzmán*, bien afirmando que la picaresca es, sobre todo, un "género crítico"<sup>7</sup>, bien proponiendo para alguna de las obras más conflictivas —*La Pícaro Justina* o el *Estebanillo González*— un nuevo marbete clasificador, como el de "novela bufonesca"<sup>8</sup>. Sin entrar en consideraciones sobre la pertinencia de acuñar un término para sólo dos obras<sup>9</sup>, no creo que los géneros literarios sean estructuras férreas, pero sí que la narrativa del Siglo de Oro se afianza, en sus distintas modalidades, según las diversas maneras de obedecer o transgredir un patrón dado<sup>10</sup>. El que los sucesivos autores de libros picarescos no lo sigan servilmente, a lo largo de un siglo, no indica su separación del género, sino la explicable evolución del mismo. Tanto López de Úbeda como Gabriel de la Vega manejan la poética picaresca, pero insertando en ella las peculiaridades de sus respectivos personajes: una protagonista de dudosa moralidad, con la que burlarse de los sermones de Alemán; y un Esteban, próximo a la nobleza por su último oficio, que pretende una recompensa antes de abandonarlo.

En el caso del *Estebanillo*, pese a la singularidad que ya detectó M. Bataillon<sup>11</sup>, el interés por seguir la serie picaresca<sup>12</sup> se hace patente desde el prólogo al lector, cuando Estebanillo se sitúa en la senda de pícaros anteriores —Guzmán, Lázaro y Pablos, por este orden—. Se introduce, sin em-

<sup>7</sup> F. Cabo Aseguinolaza, *El concepto de género y la literatura picaresca*, Santiago de Compostela, Universidad, 1992.

<sup>8</sup> Además de los artículos citados en la nota 3, v. la comunicación presentada por V. Roncero en el Congreso de la A. I. S. O., Toulouse, julio de 1993, titulada "La novela bufonesca: *La Pícaro Justina* y el *Estebanillo González*", en prensa.

<sup>9</sup> En el momento de redactar este trabajo no se ha publicado aún el texto de la comunicación citada, pero es de suponer que la *Crónica burlesca* de Zúñiga y los *Problemas* de Villalobos, que pueden considerarse literatura bufonesca, no quepan en la "novela bufonesca". La distinción no me parece ociosa ni meramente terminológica, porque ya en 1988 Márquez Villanueva precisaba acertadamente el concepto de literatura bufonesca en cuanto "terminología supragenérica para designar la extensa y diversificada actividad creadora en torno a la figura del loco o bufón de corte...". V. su artículo "Sebastián de Horozco y la literatura bufonesca", en *Academia literaria renacentista. Literatura en la época del Emperador*, Salamanca, Universidad, 1988, págs. 131-164, la cita en pág. 131.

<sup>10</sup> Como ya señaló F. Lázaro Carreter, "un escritor está en el ámbito de un género mientras cuenta con su poética, mientras la aprovecha para su propia creación, cualesquiera que sean las maniobras a que la somete", *Lazarillo de Tormes* en la picaresca, Barcelona, Ariel, 1983, pág. 200.

<sup>11</sup> "Estebanillo González, bouffon «pour rire»", en R. O. Jones, *Studies in Spanish literature of the Golden age*, London, Tamesis Book, 1973, págs. 25-44, pág. 43.

<sup>12</sup> J. B. Avallé Arce, en "El nacimiento de Estebanillo González", *NRFH*, XXXIV, 2, 1985-86, págs. 529-537, tras adelantar que "por género bufonesco entiendo yo la literatura escrita por bufones, o que tiene por protagonistas a bufones" (pág. 529), afirma que el autor del *Estebanillo* "nos brinda elementos de juicio para apreciar su obra dentro del marco concreto y estricto de la picaresca" (pág. 530).

bargo, una primera nota diferencial: su vida es verdadera, no “ficticia”, “fabulosa” o “supuesta”; de ahí que *La Vida y hechos...* se presente con el valor de “relación”, crónica de acontecimientos verdaderos, avalados por testigos presenciales y datos de lugar y tiempo. Como corresponde, esa vida es la de un personaje de “corto merecimiento” (I, pág. 15); pero éste se propone agradar con sus burlas —a su primer y noble destinatario, a “toda la nobleza” (pág. 14) luego, y en última instancia al “carísimo lector” (página 13)— y sólo una línea del prólogo en verso indica que “van mezcladas con veras” (I, pág. 23). Esta última alusión parece incidir en el tópico del deleitar aprovechando que formaba parte de los libros de pícaros desde el prólogo del *Lazarillo* y las moralizaciones del *Guzmán*. Pero si ya *La Picara Justina* se burlaba del adoctrinamiento alemán, y el prólogo al lector del *Buscón* dudaba del valor de las burlas para quienes buscaran escarmiento, no es de extrañar que un hombre de buen humor renunciara a dar lecciones ejemplares. Tanto la nobleza del destinatario como el último de los oficios, el de bufón, contribuyen a marcar diferencias del *Estebanillo* con respecto a sus antecesores. Evidentemente, no es lo mismo informar irónicamente a un ignoto Vuestra Merced, o dar enseñanzas a los lectores, que hacer lo propio con el señor natural cuando se quiere obtener de él algún beneficio. Por tanto, no es que el autor del *Estebanillo* se aparte de la moralización alemana —muy fluctuante, además, en el resto de la serie— para dedicarse sólo a la burla<sup>13</sup>, sino de conseguir con ésta unos fines muy específicos. Por eso mismo, frente al aparente desinterés de Lázaro y de Guzmán<sup>14</sup>, Estebanillo pondera las gracias y cualidades de su obra, declarándose presto a recibir cualquier recompensa: “soy hombre que, por tomar, tomaré unciones” (I, pág. 15).

La recompensa parece, pues, la única razón de la escritura en *La Vida de Estebanillo...*, como para Lázaro lo era el contar su caso a Vuestra Merced, y para Guzmán el suyo al discreto lector. Al ser Esteban un pícaro que existió realmente, como demuestran las pruebas documentales, el autor que escribe su vida la redacta en función de su caso concreto —la petición de la recompensa prometida para retirarse a Nápoles— y crea a un Estebanillo que narra para hacerse “memorable” (II, pág. 369) y justificar así su de-

<sup>13</sup> O al “humor”, como prefiere V. Roncero: “La alusión por parte del bufón al carácter humorístico de la obra se repite en distintos aspectos de la narración, hecho que no se da en la novela picaresca, género en el cual también el humor juega un papel importante”, *La Vida y hechos...* novela bufonesca”, art. cit., pág. 212.

<sup>14</sup> El primero declaraba que se suele escribir para ser recompensado con alabanzas y no con dinero, *La Vida de Lazarillo de Tormes*, ed. A. Blecua, Madrid, Castalia, 1983, prólogo, pág. 88; y el segundo renunciaba al interés y a la ostentación de ingenio en aras del bien común, Mateo Alemán, *Guzmán de Alfarache*, ed. J. M.<sup>a</sup> Micó, Madrid, Cátedra, 1987, prólogo al discreto lector, vol. I, pág. 111. Las citas de ambas obras remiten en adelante a estas ediciones.

manda. Esa vida no es sólo la de un bufón, sino la de un pícaro que —entre otras cosas— ha sido bufón y correo durante la guerra, y que pretende abandonar ese doble oficio cuando reciba lo que le han prometido. Para conseguirlo, el autor de la obra utiliza una fórmula ya acuñada: como mandan los cánones picarescos, el narrador es un yo humilde que cuenta de forma retrospectiva una vida para recordar un caso, articulando los acontecimientos en una larga serie de oficios; éstos se destacan desde el prólogo en verso, síntesis de la obra e indicio inequívoco para el lector de que Estebanillo ha sido mozo de muchos amos. Con esos mimbres, en 1646, no se trata de escribir unas memorias<sup>15</sup>, ni una crónica burlesca del tiempo y la corte de sus protectores, como hizo don Francesillo de Zúñiga<sup>16</sup>, sino de someterse a un molde literario que se ajusta como un guante tanto a la idiosincrasia del protagonista, como a sus propósitos —recordar la promesa pasada que justifica la dádiva presente— y a las múltiples peripecias, oficios y bandazos de su ajetreada vida.

¿Dónde están, pues, las singularidades de *La Vida y hechos* ... que convierten la obra en picaresca atípica<sup>17</sup>? Al margen de lo novedad que supone la relación entre Esteban González y el "escribidor" que literaturiza su historia<sup>18</sup>, en tres puntos que desarrollan aspectos ya esbozados en otras obras de la serie y que afectan al marco histórico y geográfico (I), al número de oficios y amos (II), y al desenlace de la obra (III).

<sup>15</sup> Para F. Lázaro Carreter, "... Obregón o Estebanillo o Alonso llevan al límite de memorias totales lo que, en otras obras, constituía una recapitulación parcial", *Lazarillo de Tormes en la picaresca*, ob. cit., pág. 216. Lo que es válido para Marcos o Alonso no lo es para Estebanillo, que apenas tiene cuarenta años, aunque esté achacoso; que cuenta sólo lo que le interesa, y son muchas sus reticencias; y que narra no desde el fin de su vida, sino desde el fin de su tarea como bufón-correo del duque de Amalfi, dispuesto a emprender otra vida cuando le den la tan cacareada merced. Sus memorias son, pues, parciales y tan selectivas como las del de Tormes.

<sup>16</sup> Es posible, no obstante, que los propósitos del bufón de Carlos V coincidan con los que menciona Esteban, porque J. Sánchez Paso, "La sociología literaria de don Francés de Zúñiga", *NRFH*, XXXIV, 2, 1985-86, págs. 848-865, afirma que con la *Crónica* ... su autor no pretendía más que medrar.

<sup>17</sup> A. Carreira y J. A. Cid se refieren en su Introducción, pág. cxlii, a varias "anomalías", entre ellas que la obra sea "picaresca pura (sin moralina...)". R. Ayerbe Chaux, "Estebanillo González: la picaresca y la corte", en *La Picaresca. Orígenes, textos* ..., ob. cit., págs. 739-749, también afirmaba que algunos fragmentos del *Estebanillo* "han dejado sorprendidos a críticos y a lectores", pág. 742.

<sup>18</sup> Para lo referente a la personalidad de Gabriel de la Vega, su ocultación tras el Estebanillo narrador y los desajustes que eso produce en la obra, v. J. A. Cid, "Máscaras y oficio en un escritor del Antiguo Régimen: Estebanillo González Gabriel de la Vega", *RDTP*, XLIII, 1988, págs. 175-195.

I) DE TOLEDO EN TIEMPO DE “NUESTRO VICTORIOSO EMPERADOR”, A LA EUROPA EN GUERRA DE LAS “DEIDADES” DE LA CASA DE AUSTRIA.

Para el lector de obras picarescas *Estebanillo González* parece apartarse de ellas por sus variados escenarios. Lázaro y Pablos resultan casi provincianos comparados con un pícaro cosmopolita, con vocación internacional desde su nacimiento, mitad gallego, mitad romano. El itinerario picaresco, que ya ampliaba Guzmán de Alfarache, se enriquece con el periplo de Estebanillo, porque frente a un Lazarillo que, de Salamanca a Toledo, nos informa de sus escasas posibilidades de ascenso social, Estebanillo es un pícaro “europeo”, capaz de desenvolverse entre italianos, franceses y alemanes: “con quien voy, voy, y con quien vengo, vengo” (I, pág. 38). Su desenfado y capacidad de adaptación contrastan con las mezquindades que padece el de Tormes y con el casticismo de tipos y recorridos del de Segovia; y de la misma manera, la naturalidad con que atraviesa fronteras se opone al tufillo nacional que hallamos en el *Lazarillo* y el *Buscón*. Sin embargo, las razones del viaje siguen siendo las mismas: buscar mejor acomodo, escapar a un peligro o, simplemente, ver mundo, haciendo gala de la proverbial libertad picaresca.

En el *Estebanillo*, como en sus antecedentes, no se aprovecha el variado e insólito deambular para describir ciudades, excepto algún elogio tópico, sino que se hace uso del mismo para explicar el cambio de amo, de oficio y de forma de vida del personaje. Y la vida de Estebanillo, “gallego injerto en romano”, hijodalgo y tratando de medrar en una Europa en guerra supone una novedad con respecto a los pícaros anteriores. Si todos han servido, robado, mendigado y mentido, mucho va de los engaños de Lázaro al ciego, los hurtos “famosísimos” de Guzmán o las ansias de ser caballero de Pablos, a la burla de su propia hidalguía de Estebanillo. De los tiempos heroicos del Emperador, a los años revueltos de Westfalia<sup>19</sup> han cambiado ciertas prioridades; permanece, desde luego, la lucha por la supervivencia, pero, en cambio, el gallego-romano se permite el lujo de mofarse de la hidalguía paterna, ya que su postura pragmática de pícaro “europeo” no reconoce ni apetece más honra que la del dinero.

El Esteban González que se presenta en el prólogo como “hijo de sus obras” es un individuo que se separa de la carga de determinismo que lastra a Lázaro, Guzmán y Pablos, herederos de una ascendencia miserable en una España obsesionada por la limpieza de sangre; y que está dispuesto

<sup>19</sup> Donde “... al hombre de juicio, como todo el mundo le es patria, todos sus habitantes le son también paisanos”, según Antonio López de Vega, *Paradojas racionales* (1654), en J. Checa, *Barroco esencial*, Madrid, Taurus, 1992, págs. 573.

a medrar en la Europa todavía regida por la Casa de Austria, al socaire de los múltiples caminos que se abren a un mozo sin escrúpulos en tiempo de guerra. Los escenarios estrictamente peninsulares —acordes con los temas de honra— se ampliaban ya en *Guzmán de Alfarache* hasta la geografía italiana, y en el *Estebanillo* se desbordan por el espacio más amplio de la contienda europea, donde se inserta una vida picaresca que participa en la guerra muy peculiarmente. Así, cuando Guzmán sienta plaza de soldado, su capitán le asegura que "Italia es otro mundo" (I, pág. 361); pero ni Italia, ni España, ni Flandes, ni Alemania convierten a un pícaro como Estebanillo en auténtico soldado, salvo en el momento de cobrar su paga. Lo que sí puede ocurrir es que el pícaro viva de la milicia, pero desprovisto de aquel repentino espíritu heroico que embargaba a Guzmán en Almagro: "Señor pagador, la edad poca es; pero el ánimo mucho; el corazón manda y sabrá regir el brazo la espada ..." (I, pág. 359).

La guerra en la que Estebanillo toma parte es, más que nada, de sartenes y fogones, como demuestran sus primeros alistamientos. Al llegar a Mesina con las galeras del Duque de Toscana, Estebanillo queda deslumbrado por el variopinto espectáculo de "tanta gente de guerra, de tan estrañas y apartadas naciones ..."; pero, sobre todo, por las posibilidades que le ofrecía:

parecióme que estaba en otro mundo y que sola aquella ciudad era una confusa Babilonia, siendo una tierra de permisión (I, pág. 62).

A partir de esta primera experiencia, en la que Esteban declara su neutralidad y que no "trataba de otra cosa sino de henchir mi barriga"<sup>20</sup>, la milicia le servirá para cambiar de aires o de ocupación ("por ver Milán ... dejé el oficio de arrendajo de cirujano y tomé el de abanderado", I, página 146), o para librarse "de justicia" (I, pág. 164); especialmente cuando hay comida segura ("comiendo a costa del patrón", I, pág. 146), o comisión por el reclutamiento de soldados ("dábame mi capitán a dobla por cada uno", I, pág. 164). Pero nuestro pícaro estará siempre dispuesto a desertar (I, pág. 147), a fingirse enfermo (I, pág. 286) o a esconderse para no entrar en combate. Como él mismo admite, se había aficionado "al hábito de soldado" (I, pág. 280), a lo más accesorio del oficio y, sobre todo, a sus aledaños mercantiles y "alimenticios", los puestos de cocinero, vivandero, etc.; pero carecía en absoluto de espíritu militar, como tantos otros que integraban los ejércitos<sup>21</sup> y que compartían con Esteban la cobardía, así como los asenta-

<sup>20</sup> Abundan las declaraciones por el estilo: "Yo, que jamás me metí en ruidos ni fui nada ambicioso, me estaba tieso en mi cocina ..." (I, pág. 75).

<sup>21</sup> Antonio López de Vega, ob. cit., pág. 573, se une a otras muchas voces cuando afirma que la milicia se compone de ordinario de "la gente ociosa y la más perdida de la República ...".

mientos y deserciones sucesivas. El mal estado del ejército, y no sólo de la tropa, era objeto de crítica frecuente, a la que se sumaba Alemán en el episodio citado del *Guzmán*, por boca del capitán en Almagro: "Ya estamos muy abatidos" (I, pág. 361); *La Vida y hechos de Estebanillo ...* no hace más que confirmarlo, tanto por sus reticencias al respecto ("Mucho paño tenía aquí adonde poder cortar...", I, pág. 257)<sup>22</sup>, como por las críticas abiertas contra los mandos intermedios y las bajas jerarquías militares:

... mal puede conservar una compañía quien, siendo padre de familia della, trata sólo de adquirir para sí... (I, pág. 220).

La contienda europea ensancha los caminos de un hijodalgo que rechaza una vida convencional de estrechez y que opta por la aventura picaresca en un mundo de fronteras inestables, donde el soldado es pieza necesaria para los distintos ejércitos. Las novedades de *La Vida y hechos ...* se deben, en parte, a ese cambio de mundo, que sustituye los espacios peninsulares por otros más amplios en un tiempo de decadencia marcado por la guerra. En ese ámbito el hidalgo gallego que sólo recuerda su hidalguía en Barcelona, cuando está en peligro de muerte<sup>23</sup>, es en realidad un perfecto anti-modelo del español heroico de los tercios de Flandes. También Lázaro de Tormes era la cara mísera de la época del Emperador, con cuyo glorioso tiempo pretende relacionarse cuando logra su "oficio real" y fecha su caso en el Toledo de las Cortes de Carlos V. A Guzmán, por su parte, ni siquiera le fue dado el actuar como soldado, porque es despedido al llegar a Italia (I, página 371), y lo único que espera al final de la obra es el "perdón real". Sin embargo, Estebanillo, ni irónico como Lázaro, ni arrepentido como Guzmán, consigue relacionarse, en Flandes y en tiempo de guerra, con lo más granado de la sociedad del conflicto europeo. Sus ambiguas experiencias de soldado son las que le acercan a Piccolomini, procurándole un nuevo oficio que le suscita una reflexión tan lúcida como cínica:

Mi gusto es mi honra ... pues poco importa que mi padre se llame hogaza si yo muero de hambre (II, pág. 50).

A partir de ella, la historia del gallego-romano transcurre en paralelo con la Historia de Ottavio Piccolomini y las "deidades" de la Casa de Austria.

<sup>22</sup> "Harto pudiera decir acerca desto [los fraudes en las muestras], pero me dirán que quién me mete en esto, ni en gobernar el mundo, teniendo doctores la Iglesia" (I, págs. 156-157).

<sup>23</sup> Frente a la obsesión de los pícaros anteriores por aparentar honra, Estebanillo demuestra su despreocupación por algo que no le da de comer —ni de beber— y que, fuera de España, carece de la importancia reflejada en la picaresca. Para J. B. Avallé Arce, "El nacimiento de Estebanillo González", art. cit., pág. 537, la infamia que marca a los pícaros se sustituye aquí "por la burda y sangrienta comicidad del galleguismo".

II) DE VUESTRA MERCED AL DUQUE DE AMALFI, O CÓMO ARRIMARSE A LOS BUENOS.

Igual que otros libros de pícaros, *La Vida y hechos...* se estructura mediante una sucesión de oficios y amos, pero tan amplificada en este aspecto como en el marco geográfico, superando numéricamente a sus antecesores por sus muchas formas de ganarse la vida, desde aprendiz de barbero a bufón-correo. Sólo en *Alonso, mozo de muchos amos* puede hallarse una variedad de oficios igual o superior, acompañada de una ampliación del escenario picaresco hasta las Indias. Pero, a diferencia de una sucesión ordenada y equilibrada, el *Estebanillo* innova, tanto en la distribución de los oficios, como en la abrumadora dignidad de los últimos amos. En los primeros capítulos de la obra los oficios de Esteban se suceden muy rápidamente (tres días en el primero, un mes al servicio del secretario...), alternando los de la vida civil (buhonero, mozo de representantes...) con las incursiones en el ejército. Pero, a partir del capítulo VII, Estebanillo se asienta "definitivamente" con Piccolomini<sup>24</sup> y asume el oficio de bufón, que él mismo califica de "provechoso" (II, pág. 59). Desde este momento, a la mitad del libro, la historia de Esteban sufre un cambio notable<sup>25</sup>: no cesa su vida itinerante, pero sí la inestabilidad de sus ocupaciones, que sólo experimentan una progresión en alza, tanto en su cargo bufonesco (bufón-correo), como en la categoría de los amos, Piccolomini y el cardenal Infante.

De la misma manera que los tratados más extensos del *Lazarillo* corresponden a las estancias con el ciego y el escudero, por lo que tienen de aprendizaje y espejo del futuro del protagonista, parece relevante la distinta atención y extensión con que Esteban narra su vida desde que conoce a Piccolomini. Esto se debe a que la relación con el duque de Amalfi supone para el protagonista un doble hito: la aceptación y culminación de experiencias anteriores y, además, el inicio de contactos con personas cada vez más poderosas, como el cardenal Infante, la reina de Polonia, la emperatriz de Alemania y hasta el rey Felipe IV. Tan insólito desfile de dignidades se debe a su nuevo amo, como reconoce Estebanillo: "... por su respeto me hallaba en tanta prosperidad" (II, pág. 240).

<sup>24</sup> Este es un punto que Esteban recalca, porque de sus distintos protectores sólo Piccolomini le queda vivo cuando se redacta la obra: "Mi amo (que así me he atrevido a llamarlo pues comía su pan y vestía su librea, y siempre lo ha sido y lo es y lo será)..." (II, pág. 61).

<sup>25</sup> R. Ayerbe Chaux, art. cit., pág. 741, cree que "el Estebanillo auténtico, original, se ha iniciado..." en Barcelona, ante el Infante cardenal. Es verdad que se le abre entonces un nuevo camino si acepta convertirse en bufón, pero Esteban rechaza esa posibilidad, que sólo admite con Piccolomini y después de pasar por otras experiencias.

La condición de criado de Piccolomini parece, por tanto, un dato que distingue la vida de Esteban González de otras vidas picarescas. Pero no hasta el extremo de considerar la obra como novela bufonesca, porque *Estebanillo González* recoge una tradición de servicio, común al género desde el señor "ideal" a quien servir —que ansía encontrar el escudero del *Lazarillo*— el embajador de Francia —con el que Guzmán ocupa el cargo de "gracioso"— o el caballero andaluz que utiliza de bufón a don Tomé, el amo arruinado del abufonado bachiller Trapaza<sup>26</sup>. La alta dignidad del amo sólo se justifica en *La Vida y hechos ...* por la bajeza e indignidad del oficio de bufón, que Esteban consigue con credenciales tan dudosas como su cobardía en Nordlinguen, unidas a sus cualidades de "caballero alegre" (II, pág. 50). Si el escudero del *Lazarillo* admitía que los grandes señores "no quieren ver en sus casas hombres virtuosos ..." (pág. 152), Estebanillo parece cumplir algunos de los requisitos que el escudero, a su vez, creía reunir:

que mil servicios le hiciese, porque yo sabría mentille tan bien como otro, y agradalle a las mil maravillas; reille hía mucho sus donaires y costumbres ... nunca decirle cosa con que le pesase, aunque mucho le cumpliese ... y otras muchas galas desta calidad, que hoy día se usan en palacio y a los señores dél parecen bien (págs. 151-152).

El escudero rechazaba expresamente otras posibilidades de servicio con amos de "media talla" (pág. 150), por el "gran trabajo" que conllevaba: "porque de hombre os habéis de convertir en *malilla*" (págs. 150-151). Guzmanillo, sin embargo, acepta ser esa especie de criado-comodín; pero de un gran señor, el embajador de Francia, y reconociéndolo sólo con la perspectiva del tiempo:

Figúraseme agora que debía de ser entonces como la *malilla* en el juego de los naipes, que cada uno la usa cuando y como quiere. Diferentemente se aprovechaban todos de mí ... (II, pág. 56).

Una vez más en la senda del *Guzmán*, *La Vida y hechos ...* recoge los materiales de Alemán y los desarrolla por extenso. Si Guzmán es soldado frustrado y ejerce de gracioso en su juventud, Esteban alardea de soldado cobarde, y permanece durante años en el cargo de bufón. De igual manera, las reticencias de Guzmán adulto para reconocer cuáles eran sus funciones de criado-gracioso se aprecian en algunos fragmentos de la vida de Esteban,

<sup>26</sup> Trapaza "Quiso por entonces servirle algunos días [a don Tomé] ..., que como él era también abufonado, secretamente le había cobrado un cierto cariño como a persona de su profesión", pág. 191 de la ed. de J. Joset, Madrid, Cátedra, 1986; Joset señala en la Introducción, pág. 42, que el autor del *Estebanillo* había leído la obra de Castillo Solórzano.

que rehúye el entorno cortesano con dos súbitas escapatorias escasamente justificadas. Guzmán empezaba por decir "No me señaló plaza ni oficio: generalmente le servía y generalmente me pagaba" (I, pág. 465), para admitir después: "Y hablando claro, yo era su gracioso, aunque otros me llamaban truhán chocarrero"; y de lo muchos que le pesa el oficio al Guzmán arrepentido dan fe tanto las digresiones sobre el mismo<sup>27</sup>, como la aseveración "Y te prometo que fuera muy de menor trabajo y menos pesadumbre para mí cualquiera otro corporal" (II, pág. 52).

En cuanto al joven Estebanillo del capítulo II, también entra en casa de un cardenal, como Guzmán antes de servir al embajador; pero los puestos de pícaro de cocina y de barrendero hacen que dure poco en el servicio, del que sale huyendo con un vestido robado, precisamente cuando el palacio cardenalicio se hallaba concurrido por "todo lo purpúreo y brillante de aquella ciudad" (I, pág. 112). Vuelve a rondar el servicio palaciego en Barcelona, en este caso como bufón de Su Alteza Serenísima, pero esto tampoco le satisface:

... aunque estuve a pique de cubrirme y de tomar posesión de tal oficio, lo dejé de hacer por ciertos sopapos y pescozadas que me dieron sus pajes... (I, pág. 280).

Por último, rechaza la posibilidad de entrar en "la grandiosa corte de Bruselas" siguiendo a Su Alteza, "por no ser mi oficio para encerrarme a ser cortesano" (II, pág. 10). Estebanillo desempeñaba a la sazón un empleo de intendencia del ejército, relacionado con sus anteriores tareas de cocinero; pero, sobre todo, un oficio libre, sin someterse a la contribución que pretende exigirle el comisario general:

... yo me eximí dello de tal suerte que siempre quedé libre como el cuquillo... (II, pág. 12).

A la libertad<sup>28</sup> vuelve a aludir más adelante, cuando le apresan en Maastricht y piden rescate creyéndole "vivandero rico" (II, pág. 39). Su oficio

<sup>27</sup> Tan abundantes que llegan a formar todo un discurso teórico sobre la bufonería, como ya señaló M. Joly, *La bourle et son interprétation. Recherches sur le passage de la facétie au roman (Espagne XVI ème-XVII ème siècles)*, Lille, Atelier National de Reproduction de Thèses, 1982, pág. 298; y también F. Márquez Villanueva, "Literatura bufonesca...", art. cit., pág. 523. Para la consideración de los bufones en la época, v. F. Bouza, *Locos, enanos y hombres de placer en la Corte de los Austrias*, Madrid, Temas de hoy, 1991.

<sup>28</sup> No comparto la opinión de N. Spadaccini cuando toca el tema de la libertad en el *Estebanillo*: "así que la alabanza de Estebanillo a la vida libre del pícaro debe ser vista en el contexto de su *apenada* situación presente", "Las vidas picarescas...", art. cit., pág. 758. Como veremos al referirnos al desenlace, el cinismo de Esteban parece incompatible con la pena y la melancolía.

anterior (“ni vivandero llevando viveres ni gorgotero llevando menudencias”, II, pág. 12) queda ahora matizado al declarar ante el duque de Bouillon:

... yo no tengo plaza de soldado ni calle de vivandero, porque soy caballero aventurero... mi oficio es el de buscón y mi arte el de la bufa, por cuyas preminencias y prerrogativas soy libre como novillo de concejo (II, pág. 43).

El arte de la bufa se va perfilando, poco a poco, como una alternativa laboral para este pícaro europeo que desempeña, primero, oficios tradicionales en los de su especie, que descubre el ejército como verdadera mina de posibilidades, que sirve a gentes de poco fuste sin gran provecho, que se establece con su “trato” ambulante de mercader<sup>29</sup> libre y que, finalmente, se somete al servicio bufonesco de grandes señores como mal menor. La Europa en guerra resulta peligrosa, no sólo para el soldado, sino para el vivandero, y sólo las burlas consiguen salvar a Esteban, tanto de la contribución en el campo de la caballería española, como de la prisión en el bando holandés. Si en Barcelona se libra de la condena a muerte por su “despejo y tarabilla de donaire” (I, pág. 279), en Flandes se gana el acceso al comisario general “por ser entremetido... y porque sabía que gustaba de ver a Monsieur de la Alegreza” (II, pág. 13); finalmente, su acceso a Piccolomini se debe a un capitán de caballos al que agradaron sus “burlerías” (II, pág. 45).

Sólo después de un largo recorrido por países, trabajos y amos diversos, el oficio de bufón de un alto cargo militar parece revelarse como única forma de medrar. Tras rechazar anteriormente ambientes cortesanos y servicios señoriales, las reflexiones de Estebanillo acerca de su nuevo puesto (capítulos VII y VIII) demuestran la progresiva asimilación de esta situación profesional, y del entorno nobiliario en que va a moverse. Empieza por una justificación de las funciones de entretenimiento de príncipes:

[el Conde Ottavio Piccolomini] se holgó de tener un rato con quien poderse entretener, que no siempre estuvo César venciendo batallas, ni Pompeyo conquistando reinos, ni Belisario sujetando provincias, que hay tiempos de pelear y tiempos de divertirse (II, pág. 46).

Continúa con una alabanza de la bufonería como arte liberal, alegando un ejemplo de tiempo de los romanos (II, pág. 58). Deja constancia, luego, de

<sup>29</sup> Para la visión mercantil de Estebanillo, v. N. Spadaccini, art. cit., pág. 761; también Y. Campbell, “El Estebanillo González y la disidencia conformista”, *Noesis*, 8, 1992, págs. 77-103, que le considera un “burgués malogrado”; a este respecto, todavía resulta más insólito, por ser anterior y protagonizarlo una mujer, el caso de *Teresa de Manzanares*, que obtiene pingües beneficios con su industria de hacer moños. Para las novedades que la picaresca femenina incorpora al género, v. mi artículo “Pícaras. Mujeres de mal vivir en la narrativa del Siglo de Oro”, *Dicenda. Cuadernos de filología hispánica*, 11, 1993, págs. 11-33.

su renuncia a la libertad por vertir librea de señores, como primera circunstancia adversa (II, pág. 59). Parece, incluso, aceptar con resignación los primeros castigos del amo, indignado por sus fechorías (II, pág. 71), aunque diga, como un nuevo Guzmán, a propósito de otro castigo:

Yo estaba con rostro de reo y con temblores de aterciado, dando al diablo oficio con tantas zozobras y vida con tantos sobresaltos (II, pág. 73).

Pese a todo, Esteban persiste en el oficio y, como cénit de su aprendizaje, padece la burla de la castración, la más cruel de este período. El colofón de todo ello es que nuestro bufón ha asumido por entero los riesgos de su nuevo empleo. Así lo acredita su respuesta-explicación al cardenal Infante sobre los sucesos de Rupelmunde:

Señor, estos son caprichos de señores y pensión de los de mi arte (II, pág. 90).

A partir de esta convicción, Estebanillo se dedica a "dar gusto a los señores y regocijo a la corte" (II, pág. 91), sin más reflexión sobre los pros y contras. Con ello va a conseguir ascensos en su profesión, benevolencia para sus muchas faltas, y una extraordinaria cantidad de dádivas de grandes señores.

Es verdad que, hasta llegar a ese *status*, ha padecido crueles burlas, pero éstas eran tan propias de los de su arte, como frecuentes en la cultura y costumbres de su tiempo. A este respecto, los libros de pícaros son un rico vivero de chistes, anécdotas y cuentos, integrados en la historia principal a través de relatos, o protagonizados por el mismo protagonista. De manera que las burlas urdidas o padecidas por Estebanillo proceden de una tradición anterior, en la que bufonesca y picaresca se entremezclan<sup>30</sup>. Tanto los pícaros como los bufones son personajes bajos y, por ello, sujetos idóneos de comicidad, con la sola diferencia de quiénes son los autores de las burlas que padecen; y en el caso de Estebanillo la burla es doble: por parte de sus iguales y por la de sus señores. Las burlas de sus pares son comunes en otras obras picarescas, que utilizan el rasgo de ingenio, la nota escatológica o diversos grados de sufrimiento físico. Los "sopapos y pescozadas" (I, página 280) de Barcelona, o el aguijonazo en Viena (II, pág. 61) están en esa línea, como la taza "penada" ofrecido por un paje del duque de Bouillon (II, pág. 40), similar a la que usa Guzmán con el soldado que se invita a la

<sup>30</sup> Para F. Márquez Villanueva, la picaresca es el desarrollo de la literatura de bufones, "Un aspect de la littérature du fou...", art. cit., pág. 247; "el truhán y el pícaro se atraen con afinidad natural...", "Literatura bufonesca o del loco", art. cit., pág. 522.

mesa de su embajador<sup>31</sup>. Dichas bromas entre iguales son fruto del deseo de escarmentar al envanecido, del recelo ante quien puede hacer sombra, o del exceso de celo para con el amo, en el mejor de los casos; y Estebanillo se salvaguarda de la envidia tratando de acaparar en tiempos de bonanza:

Viéndome cargado de tantos émulos traté (por si acaso de la próspera llegase a la adversa) de hacer reculta de doblones ... (II, págs. 115-116).

En cambio, las dos burlas señoriales que padece Esteban remiten al espacioso anímico de la afrenta y el tormento síquico, confirmando una de las declaraciones más hostiles contra los bufones, que afirmaba: "por ningún caso son buenos, si no es para ejercer en ellos cuantos géneros de martirios tiene el mundo"<sup>32</sup>. Efectivamente, tanto el episodio de gentilhombre de Cervera (II, págs. 75-79) como el de vecino de Capadocia (II, págs. 80-89) constituyen dos castigos vejatorios, en que los nobles juegan, respectivamente, con la vergüenza sexual y con el miedo de quien los padece. En el primer caso, Estebanillo se queja del escarnio, y en el segundo se refleja el miedo:

Yo estaba tan avergonzado de verme gentilhombre de Cervera y de traer astas arboladas sin ser corneta, que estuve mil veces tentado en el dicho camino ... de apearme y vengarme a puras cornadas por el escarnio y la burla que de mí hicieron ... (págs. 77-78).

No sé cómo encarecer de la suerte que quedé; pues fue tal que, cubriéndose el rostro de un sudor frío y el cuerpo de un mortal desmayo, pienso que lucharon la vida y la muerte espacio de dos horas tiniéndome privado de sentidos y enajenado de potencias (pág. 83).

A la hora de interpretar estas burlas crueles, la insensibilidad de los ilustres amos<sup>33</sup>, o el cinismo pragmático de Estebanillo, conviene tener en cuenta las costumbres palaciegas de la época y el que tales padecimientos entraban casi en el salario de un chocarrero<sup>34</sup>. La edición de Millé de *La Vida*

<sup>31</sup> V. Guzmán, I, págs. 465-469. El soldado es calificado de "chocarrero" por otros compañeros, y Guzmán se encarga de darle un escarmiento: "Trájele la bebida en un vaso muy pequeño y penado, y el vino muy aguado ...", pág. 469. La reacción del gorrón es descarada, "... fuese al aparador y en el vaso mayor que halló echó vino y agua, lo que le pareció", y la de Esteban, como siempre, desmesurada: "Tráigaseme un caldero de hacer colada ...", II, pág. 42.

<sup>32</sup> C. Suárez de Figueroa, *El pasajero*, apud M. Joly, "Fragments d'un discours mythique sur le bouffon", en A. Redondo y A. Rochon, eds., *Visages de la folie ...*, ob. cit., págs. 81-91, pág. 89.

<sup>33</sup> Según R. Ayerbe-Chaux, art. cit., pág. 742, éstos están "apicarados". V. también la interpretación de las "bromas" en V. Roncero, "*La Vida y hechos de Estebanillo González: novela bufonesca*", art. cit., págs. 213-220.

<sup>34</sup> V. Monique Joly, "Fragments d'un discours mythique ...", art. cit., pág. 86, n. 10, que se basa en el *Tratado del juego* de F. de Alcocer ("que se les arranque alguna par-

y hechos ...<sup>35</sup> ya indicaba lo frecuente de estas burlas palaciegas, alegando testimonios de la *Miscelánea* de Zapata y las *Relaciones* de Cabrera; efectivamente, los sentimientos de vergüenza y miedo afloran en la burla contra un "chocarrero doctor" al que queman las barbas con un pastel relleno de pólvora —según Zapata<sup>36</sup>— y sientan en una silla con artificio, que le alza hasta el techo: "el triste, de verse subir al cielo, quedó espantado" (pág. 135). Tan espantado como el bufón Alcocer, según Cabrera<sup>37</sup>, tras la broma nocturna de los príncipes de Saboya:

... diciéndole muchas injurias... le sacaron de la cama y desnudo le envolvieron en una manta y le ataron, amenazándole que por sus vellaquerías le llevaban a castigar; el cual cobró tanto miedo que comenzó a dar voces pidiendo confesión ...

Cabrera situaba la burla contra Alcocer en un entorno festivo, durante unos días de descanso de la corte, celebrándose una "máscara y sarao que se había hecho en el salón de Palacio, disfrazada a lo pícaro ..." <sup>38</sup> y con conocimiento de los reyes. Pero es que la nocturnidad y el espanto se hallan también en una burla bufonesca posterior, incluida en *El Bachiller Trapaza*<sup>39</sup>; se trata de la del fantasma contra Don Tomé, quedando el infeliz no sólo "sin aliento" ante el "espantoso" espectáculo, sino malparado, como Estebanillo se temía en la burla de Capadocia:

esta hacha, que hoy viene a ser símbolo de tu corta vida, se apagará en tu cuerpo en la parte más sensitiva dél... Ahora conviene sufrir el apago desta flamante luz en las ausencias; ya me entiendes adonde digo... le apagó el hacha donde había señalado, con tanto sentimiento de don Tomé que dio luego con el fuego grandes gritos... (pág. 201).

te de las barbas o sufran bofetadas o pescozones"), para apoyar la equiparación de prostituta y bufón, en tanto que prestan su cuerpo por dinero.

<sup>35</sup> Madrid, Espasa-Calpe, 1956, I, pág. 16, y II, pág. 56, n. 2.

<sup>36</sup> Luis de Zapata, *Miscelánea*, en *Memorial histórico español*, Madrid, RAH, 1839, XI, pág. 135: "si le alcanzara toda la pólvora no le quedara pestaña".

<sup>37</sup> Luis Cabrera de Córdoba, *Relaciones de las cosas sucedidas en la Corte de España ...*, Madrid, Imprenta de J. Martín Alegría, 1857, pág. 257.

<sup>38</sup> "... vistiéndose los caballeros en hábito de mujeres... y las personas de los Reyes representaron, el conde de Gelves al del Rey y Alcocerico el truan, la de la Reina", *Relaciones ...*, ed. cit., pág. 253.

<sup>39</sup> J. Joset recoge en pág. 199, n. 14 de la ed. cit., las opiniones de Chandler y Dunn sobre versiones paralelas de esta burla en *Pedro de Urdemalas* y *Lasarillo de Manzanares*; y añade la traza del fantasma en *La niña de los embustes*. Todas ellas, en efecto, poseen el ingrediente común de la noche, el aparecido y el miedo, pero sólo Don Tomé es castigado por "bufonizar" (pág. 201); y castigado, además, doblemente, con el terror y con la quemadura. Quevedo recoge una práctica semejante contra los chocarreros en el *Sueño del infierno*: "... el que no se deja arrancar los dientes por dineros, se deja matar hachas en las nalgas...". V. la ed. de James O. Crosby, *Sueños y discursos*, Madrid, Castalia, 1993, pág. 210.

Por este último ejemplo se comprueba lo archimanido de las burlas bufonescas en el siglo XVII, ya que los caballeros sevillanos se permiten tratar de semejante forma, y por pasatiempo, a quien Castillo Solórzano presenta como arruinado y gorrón, pero hidalgo. Las dos burlas señoriales que padece Estebanillo han de encuadrarse, pues, dentro de unos hábitos palaciegos que buscan la diversión "a lo pícaro", sirviéndose de profesionales. Nuestro pícaro es uno de ellos desde que se decide a entrar en el oficio, consciente de la cosificación a que se somete, como revelan las metáforas y comparaciones: antes de ser aceptado por Piccolomini, formula sus dudas sobre si "se dignaría de recibir en su servicio un *pobre hongo* producido del polvo de la tierra ...", animándose por "constarle que semejantes casas jamás están escasas de *leones atados y de bufones sueltos*" (II, págs. 56-57); y después de entrar al servicio del cardenal Infante reitera la comparación animalística:

como otros dan en querer *perros, monos* y otros diferentes *animales*, dio su Alteza en quererme bien ... (II, pág. 114)<sup>40</sup>.

Así que Estebanillo encaja y aguanta las burlas de sus señores, porque le van a reportar beneficio, y demuestra su visión mercantil del oficio, curándose en salud:

hice una lista de todos los príncipes, duques, condes, marqueses y barones del país, llenando un pliego de la letanía (en lugar de *ora pro nobis*), de las calles y palacios en que vivían; y, conforme la lista, los iba visitando al tiempo que estaban sobre la tabla, por ser propio (demás de gozar yo de muchos regalos) de hacer los señores mercedes ... (II, pág. 116).

Efectivamente, tras pasar el noviciado de las dos crueles burlas, Estebanillo empieza a recoger los frutos, desde dádivas en especie<sup>41</sup>, a una notable cantidad de dinero<sup>42</sup> o la protección y confianza que en él se deposita. Poco después de la segunda burla ya acompaña a Piccolomini, en el recorrido Bruselas-Viena, "en figura de correo"; y a continuación el embajador de España le vuelve a mandar a los Países Bajos con despachos para el carde-

<sup>40</sup> V. M. Joly, "Fragments d'un discours ...", art. cit., págs. 88-89. Sobre la animalización en la obra, v. I. Cordero de Bobonis, "La Vida y hechos de Estebanillo González. Estudio de su visión del mundo y actitud ante la vida", *Archivum*, XV, 1965, págs. 176-179.

<sup>41</sup> Una cadena de oro el Emperador y otra el archiduque Leopoldo (pág. 95); costosos vestidos pagados por el cardenal Infante (pág. 115), dos riquísimos vestidos "a lo polaco" por los reyes de Polonia (pág. 232).

<sup>42</sup> Que se va incrementando según ejerce no sólo de bufón, sino de correo: "una veintena de escudos" del virrey de Bohemia (pág. 63), "trescientos ducados" y "seiscientos escudos" de los reyes de Polonia (págs. 201 y 232), "cuatrocientos escudos" del Gran Duque de Toscana (pág. 255) ...

nal Infante, lo que constituye para Esteban el primer ascenso, como declara con orgullo:

Hice tan buena diligencia que ensanché mi fama y quedé opinado por persona de confianza (pág. 96).

Poco importa a partir de este momento que se retrase en la entrega de un despacho, que se refugie en las tabernas mientras dura una batalla, o que se ponga enfermo. Estebanillo se ha arrimado a los buenos y siempre parece encontrar quien le ampare: primero el cardenal Infante, que le salva la vida en Barcelona, le libra de la burla de Capadocia y le toma a su servicio; después el conde Traun, que intercede ante Piccolomini para que le vuelva a admitir, a la muerte de Su Alteza, y, finalmente, los reyes, títulos y embajadores a los que lleva noticias y le pagan con dinero, mercedes y cartas de recomendación. De ahí que las alabanzas sobre la generosidad de los grandes señores sean continuas:

En efeto, alcancé aún más de lo que pretendía, porque yo siempre pedía como criado de los más pequeños y su Alteza me daba como príncipe de los más grandes (pág. 122).

Tratóme, al fin, como Reina, porque siempre he hallado más afabilidad y llaneza en emperadores y reyes que no en ciertos engolletados... (pág. 230).

Y vayan acompañadas, generalmente, de consideraciones sobre la magnificencia y el auténtico señorío:

el señor que es generoso no mira el sujeto del que recibe, porque sólo se atiende al valor del que da; que el que pone excepciones, son achaques al viernes por no ayunar (pág. 233).

que el ser señores no consiste en la nobleza del solar ni en la grandeza del título, sino en dar muestras de serlo, ayudando a los desvalidos y favoreciendo a los que poco pueden (pág. 335).

El contraste, la cara negativa de la moneda, es el capitán genízaro que viaja con Esteban hasta Milán. Su descripción reúne los peores rasgos del señor arruinado cargado de prejuicios de honra:

... hombre mal contentadizo y no poco presumido (pág. 241).

eran sus bienes castrenses, movibles y no raíces (pág. 247).

Estas características dan pie a su ridiculización como individuo y, en tanto que prototipo, a la de todo un grupo social:

... hoy todo el mundo está lleno de bartolomicos, pues hay criados de señores que apenas se hartan de lamer los platos y, por verse con esperanzas de río o con una gala perdurable, tienen más tordo que no sus amos y más humos que Alcorcón (págs. 244-245).

Así, la venganza de Esteban contra el capitán puede interpretarse como la de un personaje de baja estofa que se rebela contra gentes de medio pelo, amparado por la clase superior; el gobernador de Milán, marqués de Velado, es el nuevo protector del bufón contra el “espetado capitán” y pasa a engrosar la lista de Excelencias citadas en la segunda parte de la obra. Lista abrumadora, porque, incluso en Zaragoza, donde Esteban no lleva a cabo tareas de correo, encuentra benefactores que menciona con nombres y apellidos<sup>43</sup>, sin dejar de referirse a otros hipotéticos que no ha podido cultivar por culpa de su alcoholismo ya crónico (pág. 335).

Precisamente el capítulo XII y la estancia en Zaragoza son ejemplos de cómo se entrecruzan en *La Vida y hechos ...* la historia picaresca de Estebanillo y la Historia con mayúscula. En la primera figuran junto al protagonista sus camaradas, la fiesta de la aldea, la taberna, el hospital, la moza de mala nota ...; y la segunda corresponde al rey Felipe IV y a los benefactores de Estebanillo. El cruce de ambos planos permite que la “humilde sabandija” logre audiencia ante el monarca, y que consiga la recompensa solicitada, al acreditar documentalmente sus servicios como correo, avalados por sus buenas relaciones con los poderosos.

Llegados a este punto podemos comprobar la ascensión del pícaro, capaz de participar también de la gran Historia, como él se esfuerza en demostrar con toda precisión de nombres y pruebas escritas. Tras comprobar los peligros e incertidumbres de la picaresca y la soldadesca, el bufón acepta las humillaciones dispuesto a pasar factura a quienes le pueden dar. La lista de nombres ilustres del *Estebanillo* —tan larga como sus oficios, pero mucho más aristocrática— constituye la prueba de su esencial condición de mozo de muchos amos. Sólo la dignidad de los mismos impide que Esteban los critique como es habitual en la picaresca. En *La Vida y hechos ...* esa crítica ha sido sustituida por el halago, ya que no en balde Esteban ha sido cocinero —y muchas más cosas— antes que bufón. Por eso mismo, frente a la mordacidad de un Don Francesillo —que murmura de los nobles ante el Rey<sup>44</sup>— Esteban sólo censura a hidalgos de medio pelo o capitanes con ín-

<sup>43</sup> Los hermanos Tuttavilla, el conde de Monterrey y don Luis de Haro, “grandes de España y grandes en valor y grandeza, amparo de todos los pretendientes” (pág. 334), el marqués de Grana, etc.

<sup>44</sup> F. Márquez Villanueva, “Un aspect de la littérature du fou ...”, art. cit., páginas 240-246, pone de relieve el resentimiento contra la nobleza de Zúñiga, Villalobos y Guevara, conversos los dos primeros y frustrado el tercero, resentimiento que en el *Estebanillo* se dirige contra un estamento inferior.

fulas y sin dinero. El pícaro ha tomado partido y su opción se manifiesta cuando alaba la bufonería, "aborrecida de pelones y miserables" (II, página 58), mientras que "emperadores, reyes y monarcas" han gustado de ella. La alabanza de la bufonería, que separa al *Estebanillo del Guzmán*<sup>45</sup>, al que tantas veces sigue, es el paso previo a la aceptación de un oficio que Esteban pretende dignificar, apoyándose en una ambigua cita:

... que tratando los romanos de desterrar todos los bufones, por ser gente vagamunda y inútiles a la república, no pudieron conseguir su intento por alegar todo el Senado y los varones sabios y doctos ser provechosos para decir a sus emperadores libremente los defectos que tenían y las quejas y sentimientos de sus vasallos, y para divertirlos en sus melancolías y tristezas (II, pág. 58).

Al castigo de destierro para los bufones ya se había referido Guevara<sup>46</sup>, pero sobre el supuesto perdón no hay referencias; así que el autor del *Estebanillo* debió de manipular textos semejantes, como un fragmento de la *Silva de varia lección*, referido al emperador Tiberio:

... sabiendo él que se avía hecho contra él un libelo infamatorio o perquè y que lo tenían y leían en muchas partes, no entendió en castigar los que los hazían, antes dezía a los que lo induzian a que castigasse los culpados en aquello, que, en la ciudad libre, libres avían de ser las lenguas para dezir lo que quisiesen. Y, proponiendo algunos en el Senado que no era aquélla cosa para dissimular, sino que se hiziesse muy grande pesquisa y castigo sobre ello, no quiso Tiberio quen tal cosa se tratasse...<sup>47</sup>.

La coincidencia no pasa de ser aproximada, pero son interesantes la mención de la libertad para hablar y la alusión al Senado, que ya estaban en Suetonio, Plutarco y en los *Apotegmas*<sup>48</sup> de Erasmo; y este último, ade-

<sup>45</sup> Alemán adopta un tono moralizador y negativo para con los bufones y quienes los consienten, especialmente en la ingresión de la segunda parte del *Guzmán*, cap. II; la crítica va dirigida a hombres "de mucho poder y poca virtud" (pág. 51), aunque líneas más adelante parece tolerar al chocarrero junto al príncipe: "No quiero con esto decir que carezcan los príncipes de pasatiempos... Necesario es y tanto suele a veces importar un buen chocarrero, como el mejor consejero" (pág. 52).

<sup>46</sup> V. M. Joly, "Fragments d'un discours mythique...", art. cit., pág. 81, n. 2; y también F. Márquez Villanueva, "Literatura bufonesca o del loco", art. cit., págs. 523-524; v. la reflexión de Guevara en *Relox de príncipes*, ed. E. Blanco, Madrid, ABL, 1994, libro III, caps. XLIV-XLVII, donde se refiere la justificación de Marco Aurelio sobre su orden de enviar a Lamberto, gobernador de Helesponto, "tres naos cargadas de truanes".

<sup>47</sup> Pedro Mexía, *Silva de varia lección*, ed. A. Castro, Madrid, Cátedra, 1989, II, 7, pág. 578.

<sup>48</sup> V. M.<sup>a</sup> P. Cuartero, *Fuentes clásicas de la literatura paremiológica española del siglo XVI*, Zaragoza, Institución cultural Fernando el Católico, 1981, y su Tesis doctoral mecanografiada del mismo título, págs. 582-583. Agradezco a los profesores P. Cuartero y J. Lorenzo, así como a A. Iglesias, la ayuda que me han prestado con las

más, destacaba la utilidad de los bufones en el *Elogio de la locura*, donde se contraponen los sabios y los locos, en menoscabo de los primeros:

Los más grandes reyes gustan de ellos [los locos] de tal manera que ninguno podría sin ellos comer, ni pasear, ni prescindir de ellos durante una hora. No pocas veces anteponen estos calabacines a los ceñudos sabios... Los bufones, por su parte, mantienen el juego, la sonrisa, la carcajada, el placer, que es lo que más se estima en los palacios. Conceded que sólo ellos son sinceros y verídicos, cualidad de los locos que no es nada despreciable. Porque ¿qué hay más loable que la verdad?<sup>49</sup>

A la verdad se refiere también uno de los escasos defensores de los truhanes en 1644, Francisco Bermúdez de Pedraza:

Siempre se dixo de la verdad que andaba de capa caída en la corte y no era bien vista en palacio y entraba pocas veces y con miedo en él, razón porque los antiguos introdujeron en palacio locos o truhanes, que sin temor las dixeran...<sup>50</sup>

Esa alusión a los "antiguos" nos lleva de nuevo al *Estebanillo*, que invocaba a los romanos y que se quejaba unas líneas antes:

fue una borracha la gentilidad en tener por deidades y dar adoración a la poesía, música y olor y no dársela a la bufonería, siendo arte liberal... (páginas 57-58).

Curiosamente, esa contraposición de "artes" se halla también en otro texto donde truhanería y poesía sirven al príncipe y a la teología, respectivamente:

Así como el truhán no solamente no perjudica a la Majestad de su príncipe, mas aún le sirve de algún solaz, así la poesía en la parte que trata de dioses no solamente con intención derecha no le hace negocio, mas tomándola como

---

fuentes clásicas. Los textos referentes a Tiberio en que pudo basarse Mexía, son los *Apotegmas* de Erasmo, trad. Thamara, o trad. Jarava, 1549; Plutarco: "Habiendo llegado una vez el César Tiberio al senado, uno de sus aduladores, levantándose, dijo que era preciso que ellos, siendo hombres libres, usaran de la franqueza y no disimularan ni callaran las cosas que fueren provechosas...", *Obras Morales y de costumbres (Moralia)*, Madrid, Gredos, 1985, pág. 231; Suetonio, *Vita duodecim Caesarum*, Tiberius, 28.

<sup>49</sup> Cito por la traducción de T. Suero, Barcelona, Bruguera, 1975, XXXVI, página 160.

<sup>50</sup> *Apud* F. Bouza, *Locos, enanos...*, ob. cit., pág. 81. La obra de Bermúdez, *Hospital real de la Corte de enfermos heridos del ánimo*, Granada, privilegio de 1644, añade en el fol. 68 r.: "luego es necesario que aya locos y truhanes, que digan verdades, y despierten la ira del Príncipe, dormida entre las delicias de palacio".

se debe tomar, hace oficio de truhana jugar a la sacra Teología, princesa de todas las ciencias<sup>51</sup>.

A la vista de estas opiniones, no parece que la alabanza bufonesca de Estebanillo sea una mera burla, sino un compendio de cuantos argumentos han podido justificarla: es arte, indicio de libertad y conjunción de utilidad y placer. A diferencia de lo que opinaban casi todos los moralistas, y de la amargura que destila Guzmán cuando recuerda su época de gracioso, Esteban ensalza con doble motivo el oficio que, finalmente, va a abrazar: primero, porque, sabiendo lo que le espera, sólo su carrera bufonesca le hace acreedor a la recompensa; y segundo, porque halaga al amo, comparado con Julio César por sus campañas y con emperadores y reyes por su afición a los bufones; Piccolomini, destinatario del libro, no debe guiarse por la censura contra los bufones, sino por la utilidad de los mismos y la benevolencia de los reyes para con ellos.

En definitiva, Esteban González sigue al pie de la letra el "arrimarse a los buenos" de la madre de Lázaro, sólo que picando muy alto. Cuando era padre de damas se acercaba a los ricos<sup>52</sup>, pero con el oficio de bufón se acerca a la nobleza. Junto a ella, desprovisto de puntos de honra y superando a sus congéneres en ambiciones crematísticas, Esteban consigue favores y mercedes que repercuten en el desenlace de su *Vida*...

### III) DE LA CUMBRE DE TODA BUENA FORTUNA AL RETIRO NAPOLITANO.

A diferencia de Lázaro, pregonero y marido paciente, o de Guzmán, gaiteote arrepentido en espera de la libertad, Esteban se nos presenta al final de la obra, ni afrentado ni arrepentido, preparando su viaje a Italia y su cambio de vida. Este desenlace, aunque calificado de negativo y amargo<sup>53</sup>, parece tan favorable para su vida como coherente con el personaje y con sus congéneres: Lázaro se acoge al oficio de pregonero y al favor del Arcipreste "por tener descanso y ganar algo para la vejez" (pág. 172); Guzmán sirve en galeras —al cómitre y al pariente del capitán— para "con mi buen

<sup>51</sup> *Apud* F. Bouza, *Locos, enanos...*, ob. cit., pág. 81, n. 2, que se refiere a la traducción de L. B. Alberti, *La moral y muy graciosa historia del Momo*, hecha por Agustín de Almazán, Alcalá, 1553, con exposición de la obra por Alejo Venegas, Décima conclusión.

<sup>52</sup> "Llegábame siempre a los buenos por ser uno de ellos, acercábame a los ricos y huía de los pobres" (I, pág. 291).

<sup>53</sup> J. Talens, por ejemplo, opina que los nobles "le apoyan en tanto mercancía y le separan cuando por su decadencia física —debida más a los excesos que a la edad— no es capaz de continuar en su papel", *Novela picaresca y práctica de la transgresión*, ob. cit., pág. 152.

servicio alcanzar algún tiempo libertad" (II, pág. 511); y Esteban escribe su vida "por ver que se me va pasando la juventud y que me voy acercando a la vejez" (II, pág. 367). La diferencia de desenlaces es, sin embargo, notable, por la distinta calidad de los protectores. Ni Lázaro ha prosperado, ni Guzmán está libre todavía, mientras que Esteban tiene una firme promesa de su amo, una autorización del rey de España y una aparente seguridad; no sólo ha conseguido dineros, sino buenos valedores, y su libro es el documento que lo acredita. Tanto la promesa de Piccolomini (II, pág. 106), como la recompensa de Felipe IV enmarcan la lista de grandes personajes citados, a la que se suman en las últimas páginas las "lágrimas" y epitafios por los ilustres desaparecidos. Por si algo faltara en tan noble entorno, el modelo de Estebanillo para su nueva vida es un "grandioso ejemplar" (II, pág. 367), Carlos V, con el que tiene en común la gota y el deseo de retirarse a descansar. Evidentemente, la fortuna parece haber sonreído más al pícaro gotoso que al pregonero o al galeote. Los tres cuentan su vida para justificar algo, pero el estado presente de Estebanillo dista de ser un caso de deshonor. Si Lázaro acusa a la sociedad por lo que ha hecho de él y Guzmán se arrepiente ante esa sociedad por su mala vida, lo que hace Esteban es pasar factura, compungido, a las más altas instancias:

... hoy me hallo tan huérfano y solo que ya no tengo a quién volver los ojos, si no es a mi Rey y señor, y a mi antiguo dueño el excelentísimo Duque de Amalfi ... (II, pág. 371).

Toda la relación de *La Vida y hechos* ... está dirigida, pues, a conseguir que se materialice su deseo de retirarse no a Yuste, ni a un desierto<sup>54</sup>, sino a una de las ciudades más populosas y cortesananas de la época, donde la casa de conversación había de ser un negocio rentable. El retiro de Esteban es sólo relativo, porque consiste en abandonar el oficio de bufón-correo para volver a una ocupación autónoma, que no tiene que ver con la guerra, sino con el ocio y el descanso. Tanto el enclave de su nueva vida, como la futura ocupación cuadran perfectamente con la personalidad y preferencias de Esteban. Nápoles es una ciudad que ha frecuentado desde la juventud (capítulo III) y elogiado repetidas veces, a más de estar vinculada a la familia Piccolomini; y la casa de conversación parece el destino idóneo para quien lleva el juego en la sangre<sup>55</sup>, y ha aprendido a conciencia el arte de la fu-

<sup>54</sup> Las lacrimosas líneas de Esteban son testimonio de su oportunismo, ya que quiere fomentar la compasión de su amo: "... a no estar debajo de su amparo y a no hallarme tan obligado como me hallo a tanto favor y merced como me ha hecho y hace, me hubiera forzado el sentimiento de esta última muerte a irme a un desierto a hacer penitencia ..." (II, pág. 371).

<sup>55</sup> Su padre "hacía pinturas con los pinceles y encajes con las cartas" (I, pág. 38).

llería en sus años mozos (capítulo I). Como dice el propio Esteban, los "principes y señores" napolitanos son la flor y nata de toda Italia (II, pág. 368), lo que equivale a magnificencia y buenas bolsas para gastar, a la manera de Piccolomini el día de su primer encuentro:

Gané a su Excelencia seis doblas, que por usar siempre de su conocida generosidad presumo que se dejó perder ... (II, pág. 48).

En aquel momento, el aprendiz de bufón jugaba sin doblas y con resto de sopapos, que los pajes se encargaron de cobrar, hinchándole la cara (II, páginas 48-49). Pero en la nueva situación Esteban ya no correrá riesgos, y hasta es previsible que los beneficios de su negocio se vean aumentados, tanto por las comisiones que le den los fulleros, como por algún otro trato; a lo primero aludía el joven Estebanillo que sirve a dos tahures en Siena, y la segunda ganancia no es de descartar en quien carece de escrúpulos morales<sup>56</sup>, ha sido padre de damas en Milán, y capta clientes para una cortesana, en una casa de conversación de Nápoles:

íbanse a las casas de juego, concertábanse con los gariteros<sup>57</sup>, prometíanles el tercio de la ganancia que se hiciese ... (I, pág. 55).

y desde aquel mismo día me iba a las casas de conversación y, en tratando en materia de damas, aseguraba que no había otra como la referida, ni de mejores partes, ni de mayor aseo ... y de tal manera la alababa que provocaba a muchos de los oyentes a pedirme que los llevase a su casa ... (II, pág. 270).

Esteban se halla, pues, ante una tesitura que le permite cesar en un oficio degradante —por mucho que él lo encubra— y dedicarse a otro donde ha de encontrarse como el pez en el agua. Ese mundillo del juego que le resulta familiar le une, de nuevo, a la estirpe picaresca: Guzmán es jugador, Pablos juega cuando se tercia, Trapaza es todo un fullero ... Los libros de pícaros mencionan trucos y trampas en el juego que, según Pablos, el lector debe conocer<sup>58</sup> y, según Guzmán, aborrecer<sup>59</sup>. Otros testimonios sobre las casas

<sup>56</sup> V. las críticas de los moralistas contra las casas de juego, en J. A. Maravall, *La literatura picaresca desde la historia social*, Madrid, Taurus, 1987, págs. 520-524; y el sombrío discurso sobre el jugador y la muerte de Francisco Santos, *Día y noche de Madrid*, Madrid, Clásicos madrileños, 1992, págs. 100-104.

<sup>57</sup> Para las acepciones del término, v. J. P. Etienvre, *Figures du jeu*, Madrid, Casa de Velázquez, 1987, págs. 269-275. Sobre su mala fama se pronuncia el licenciado Vidriera, que los llama "públicos prevaricadores ...", v. *Novelas Ejemplares*, ed. J. B. Avalué-Arce, Madrid, Castalia, 1982, II, pág. 141.

<sup>58</sup> "... Mas quizá declarando yo algunas chanzas y modos de hablar, estarán más avisados los ignorantes ...", *Historia de la vida del Buscón*, intr. A. Rey Hazas, Madrid, S. G. E. L., 1982, pág. 265.

<sup>59</sup> "Y otras cosas que no me atrevo a decir ... que no sólo por ellas y las dichas habrían de aborrecer el juego, pero las casas donde se juega ..." (I, pág. 458).

de juego, como los de Salas Barbadillo y Castillo Solórzano, no vacilan en pintarlas, cuando menos, como un nido de ociosos, donde los embaucadores despluman a ingenuos desocupados. Así, en *El sutil cordobés Pedro de Urdemalas*, se califica la casa del transformado don Juan de Meneses de "Academia de los discretos"<sup>60</sup>, matizando que las actividades literarias eran la tapadera de Pedro para el juego, "tan útil, que le valía infinito número de ducados" (pág. 165). En el *Bachiller Trapaza* se narra cómo Don Tomé y Trapaza van a una casa de juego, escenario ideal para los sablazos del arruinado y abufonado caballero:

[Don Tomé] acude adonde lo noble se entretiene, y adonde perdió muchos ducados jugando cobra ahora réditos en baratos que le dan ... pero esto con algunas pensiones, porque como es persona de buen humor ..., el que le da quiere pagarse y cobrar en gusto lo que ha ofrecido en dinero; y así, le han comenzado a perder el respeto y le hacen graciosas burlas ... (pág. 191).

Bufonería, juego y picaresca se cruzan, como en el *Estebanillo*, en este último fragmento. A diferencia del patético Don Tomé, o del fullero Trapaza, que seguirá jugando hasta morir en *La garduña de Sevilla*, Esteban "se marcha a Italia", lo que significa dejar la bufonería para entrar en el juego, como dueño o regente de un garito. Sin embargo, igual que el retiro napolitano dista mucho de ser un retiro espiritual, el descanso final de Esteban es también relativo, porque le sumerge en un ambiente *non sancto*. El desenlace picaresco, cuando no es agrio, es agridulce, porque cierra un círculo sin que el pícaro progrese más que aparentemente; y así como Lázaro —cuyo padre "padeció persecución por justicia"— acompaña "los que padecen persecuciones por justicia", Esteban —hijo de quien "hacía encajes con las cartas"— se convierte en propietario de una casa de juego. Lo que tiene de insólita la retirada de Esteban es que está en consonancia con sus aspiraciones. El pícaro gotoso que alude a su prematura vejez es, en realidad, un hombre pragmático que ha renunciado a la honra para progresar económicamente, y que no se arrepiente de su comportamiento. Gracias a su conducta espera cosechar más dádivas para establecerse donde quiere y "vivir de garatusa" (II, pág. 376), sin ese "abismo de gravedad" (II, pág. 114) a que obliga el servicio nobiliario.

Con el desenlace del *Estebanillo* se renueva, una vez más, el molde picaresco: Esteban no logra un avance social, pero sí un relativo bienestar material, suficiente para quien nunca apeteció la honra, ni el heroísmo, ni la

<sup>60</sup> A. J. de Salas Barbadillo, *El sutil cordobés ...*, ed. M. Charles Andrade, Valencia, Castalia - Est. de Hispanófila, 1974, pág. 96.

buena reputación. Esa carencia de virtudes morales posibilita que se presente a recoger su premio sin conciencia de culpa, como el oscuro reverso de la nobleza a la que halaga.

\* \* \*

En suma, los puntos analizados confirman cómo las singularidades de *La Vida y hechos ...* se deben a una evolución del modelo picaresco, más que a un deseo de transgredirlo. Casi cien años después del *Lazarillo*, con el *Estebanillo González* se internacionaliza al pícaro insertándolo en un conflicto europeo, se diversifican sus oficios, se ennoblece a sus amos y se suaviza la amargura del desenlace. Pero todo ello partiendo de los libros de pícaros anteriores, a los que se cita en el prólogo y se rememora tácitamente desde que empieza la autobiografía por los orígenes familiares, estructurándola mediante amos y oficios hasta llegar al caso final. El oficio de bufón y el posterior ascenso a bufón-correo no significan que el autor se retrotraiga a la *Crónica burlesca* de don Francesillo de Zúñiga, por mucho que aluda al emperador Carlos al final de la obra, sino que amplifican una posibilidad picaresca que ya estaba en *Guzmán de Alfarache*. La segunda parte de Alemán daba al traste con la vida regalada del Guzmán gracioso del embajador, al convertirle en gracioso-alcahuete; de ahí su deshonor y las consiguientes digresiones moralizadoras del episodio. En cambio, la bufonería de Estebanillo no degenera en alcahuetería, sino que se dignifica, en cierto modo, con la actividad de correo. La originalidad del *Estebanillo* procede de este oficio mixto, desempeñado de manera peculiar, entre palacios, tabernas y líneas de combate. Como Esteban dice, ejercita "el nuevo oficio de andar al trote" (II, pág. 96) durante varias campañas, y el peligro que corre es el que se cobra con la recompensa real. El retiro napolitano es el desenlace de una picaresca que cuenta un caso para lograr, precisamente, ese beneficio, y volver a sumirse en una vida apicarada, la del juego, más conforme con la primera parte de la obra que con la sumisión palaciega de la segunda.

El tiempo transcurrido desde la aparición del *Lazarillo* permite al autor del *Estebanillo González* manejar a su antojo las reglas de un género de escritura que conoce bien, respetando unas, rechazando otras, y amplificando las más de las veces. Pero tan picaresco es en *La Vida y hechos ...* lo que se conserva como lo que se omite: si el cinismo procede del *Lazarillo*, la apertura internacional del *Guzmán* y la hipérbole grotesca del *Buscón*, tanto la carencia de moralina como la parcialidad de la crítica se deben a la novedad del caso de Esteban. Hasta entonces, ningún pícaro había contado su vida para pedir.